



VII

PAULINA RAFFRAYE

Mientras aquella escena tan sencilla en sí y de tanta importancia para aquel hombre, se desarrollaba en el entresuelo del hotel, entre el rum rum de las conversaciones, bajo la luz eléctrica de las bombas y el árbol de Noel, obra maestra de don Ciccio, Paulina Raffraye, acostada y sufriendo más que de ordinario, esperaba á su hija, muy lejos de pensar que un nuevo é imprevisto episodio se unía al drama de su vida. Nada denunciaba en aquel cuarto la enfermedad que Paulina había venido á curar con los rayos del sol africano de Palermo. La fina naturaleza de la moribunda, revelada ya en sus facciones, en aquel momento fatigadas é inquietas por la falta de sueño, se reconocía más en el aparato para disimular sus miserias físicas. Por más que en aquel cuarto no entrasen más personas que el médico y Adela, Paulina conservaba su habitual coquetería en lo que llamaba su «cuarto del hospital».

No parecía la condenada de hoy, sino la enamorada de ayer; sus cabellos castaños, donde se veían ya muchas canas, estaban recogidos en trenzas y adornados con cintas; sus almohadones de color rosa y azul es-

taban cubiertos de fina batista; sobre sus huesudos hombros tenía una pañoleta de crespón con encajes; y la preciosa puntilla que le cubría, las delgadas muñecas, indicaba la elegancia de otros tiempos. En lugar del desorden de ropas y muebles propios de las habitaciones de los enfermos, sobre el mármol de la mesa se veía un tapete de seda, sobre el que había una lámpara con preciosa pantalla, y también una fotografía de Adela con marco esmaltado, anémonas en un vaso de plata cincelada y un pulverizador medio vacío, que daba la razón del aroma de ambar de la atmósfera.

En aquellos detalles se veía el afán de una mujer por no abdicar el reinado del encanto; intento contra la barbarie de la vida, como todas las impotentes protestas de la belleza. La madre se sentía herida de muerte y quería dejar á su hija, no la visión de fealdad y espanto, sino la imagen de sufrimiento y gracia á la vez. Cuánto amaba á la niña, lo atestiguaban los retratos de ésta esparcidos por la habitación, sin contar el que ella tenía guardado. En su hija era en quien pensaba aquella noche, ocupada en preparar los regalos que había de poner en los zapatos de la niña, que ésta colocaría á su vuelta en un rincón de la chimenea. Acababa de confiar estos regalos á Catalina, una de sus criadas.

Los paquetes contenían un reloj y una mecedora para una muñeca. ¿Pero aquellos regalitos eran bastante para una niña que como Adela tenía la seriedad de una persona mayor, no obstante sus nueve años? Sin duda la crisis por la que Paulina pasaba, había avivado sus recuerdos, puesto que pidió á Ca-

talina el cofrecillo del que nunca se separaba y del que sacó dos grandes carteras cerradas con llave. Sólo el hojear las cartas allí contenidas había hecho pasar por sus ojos una nube de tristeza y había vuelto á guardar aquellas cartas para coger los dos libros que á su cabecera tenía. El uno era *El Nuevo Testamento* y el otro *La Imitación*.

Ciertamente, Francisco se hubiese asombrado de ver que aquella mujer, á la que despreciaba, iba á buscar en aquellas páginas austeras, las frases que vierten consolador bálsamo en las heridas del corazón. Paulina leía y releía los versículos divinos: «Y esto os digo para que la paz sea con vosotros. Tendréis aflicciones en el mundo, pero tened confianza; yo he vencido al mundo». Después se repitió ella misma: ¡Desgraciados; al fin comprenderán cuán vil, cuán misero es el amor!... Palabras que con frecuencia había dicho y que son como el toque de agonía de las mundanas afecciones. Al llegar á estas frases dejó el libro; aquel eco había repercutido en su corazón; había allí encontrado las emociones de su juventud tan horriblemente decaída. La sola vista de aquellas cartas le producía un pesar hondo, sin que á pesar de esto se decidiese á destruirlas.

¡Ah! Cuánto se hubiera espantado Francisco si hubiese leído alguna de ellas. Unas eran de él; algunas de Armando de Querne, y en fin, una larga correspondencia con Francisco Vernantes; todas las piezas, en suma, del proceso de infamia que él había imaginado contra Paulina Raffraye el 87. Pero que en lugar de probar la traición de que él creía estar tan seguro, atestiguaban que aquella desgraciada nunca le

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

10 de 1005 MONTEBEL, MENDO

había mentido. No; ella no había tenido ningún amante antes que él, ni cuando le tuvo á él ni después de la ruptura de sus relaciones. Las siete ú ocho cartas de Armando, demostraban que entre ambos no existía más que una inocente familiaridad. Las frecuentes y extensas cartas de Vernantes revelaban una amistad novelesca, pero sin mezcla de pasión ni de galantería; mostraban cariñoso respeto por parte del amigo, y reconocimiento por parte de la amiga.

En aquellas páginas estaba la condena del proceder de Francisco y la rehabilitación de aquella mujer, una prueba, después de tantas otras, de que los celos de un hombre y la protesta de una mujer ultrajada, son causa de los mayores errores entre los seres más sinceramente apasionados. Decían que las sospechas y los ultrajes de Francisco para con aquella mujer, había sido causa de que el joven hubiese cometido la más atroz é irreparable de las iniquidades.

El no haber dejado la amistad de Querne á la primera intimación de Francisco, era por ignorar el peligro á que se exponía, y si después habíase puesto frente á frente con su amante con motivo de Vernantes, había sido por causa de ese exasperado rencor que un exceso de injusticia despierta en una criatura apasionada. Si no se había defendido más que con la indignación y el silencio cuando Francisco la había insultado asegurando haberla visto entrar la víspera en casa de Vernantes, envuelta en un velo, había sido por el horror de ver que él había podido admitir por un momento que ella no podía ser inocente.

Sin embargo, lo era. No obstante su indisposición,

había tenido necesidad de salir el día aquel en que se la había confundido con una mujer cualquiera de su mismo aspecto y que como ella llevaba un velo, la cual había tenido una cita en el cuarto bajo de la calle de Murillo. ¡De todas estas circunstancias había dependido su honor y su dicha! Sí, esto bastó para que aquel que pretendió amarla, se envileciese y la envileciese golpeándola. Temblando de ira volvió á guardar aquellas cartas, que hubiesen bastado para justificarla. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué si no era culpable había dejado partir al hombre que amaba? ¿Por qué una vez viuda no le había llamado, hallándose encinta y sabiendo que él era el padre de Adela? ¿Por qué durante los anteriores años, no había intentado dar un paso para lavar al menos su legítimo orgullo de las afrentas que había sentido?

¡Ah! ¿Por qué? La respuesta á esta pregunta se hallaba en las cartas de Francisco, en el frenesí brutal que ellas manifestaban; en la injusticia casi bárbara que se respiraba en cada línea. Si él hubiera vuelto á leer algunas de ellas como acababa de hacer Paulina, hubiese comprendido por qué grados habría pasado esta mujer mártir de sus locos celos hasta llegar á este punto de rebelión, en el que se renuncia hasta á la defensa, para la que no se tiene ni la fuerza ni el deseo. En la sospecha llevada al extremo y prolongada durante cierto tiempo, hay una especie de golpe que paraliza al sér que es objeto de ella.

No una vez sola, sino muchas, había Nayrac dirigido á su querida frases como éstas: ¿unas cartas, qué prueban? ¿Qué hombre rehusa á una mujer el favor de escribirla unas cuantas cartas de fecha más

ó menos remota, si ella se las pide para convencer á un marido ó á un amante?... Cuando una mujer conserva vivo en su alma el recuerdo de semejantes palabras, cuando de continuo se ha visto ultrajada por infamante desconfianza, sin poder nada para vencerla, entonces el desaliento se apodera de su corazón y sólo cesa para dejar cabida á la indignación y al odio. Tal era el secreto del silencio de Paulina desde aquella última escena que provocó la ruptura buscada de antemano por Nayrac.

No se había defendido. ¿Para qué? Si conservaba aquella correspondencia, si la había hojeado en aquella noche de Navidad, fué tan sólo para recrudecer su odio aún latente contra aquel miserable que de nuevo se cruzaba en su camino, por efecto de la más inesperada y cruel casualidad. Iba á casarse, á unir su existencia con la encantadora señorita Scilly, á la que amó desde el momento de verla. ¡Ah! ¿Qué pensarían la hija y la madre; qué juicio formarían del corazón y del carácter de aquel hombre, si conociesen su infame conducta para con la infeliz querida de sus veinticinco años, si supiesen cómo la abandonó en horrible angustia moral, la víspera de dar á luz?...

Para ponerles al corriente bastaría con mostrarles aquellas cartas, cuya lectura tanto la había hecho sufrir aquella noche; ni un instante cruzó por su mente el pensamiento de tan ruin venganza; pero, mirando al pasado, no podía sustraerse al cruel recuerdo del proceder infame de su verdugo, y rechazando el cocretillo repetía la amarga frase:

—¡Cuán mísero y ruin es el amor!... ¿De qué me sirven todos esos recuerdos?—añadió—la proximi-

dad de ese hombre ha sido la causa de ellos... pero, felizmente, son los últimos momentos... los últimos...

Y en efecto; en cuanto supo la presencia de su antiguo amante en el hotel, parecióle insoportable el permanecer un momento más bajo el mismo techo. ¡Triste ironía de la mutua ignorancia entre los amantes, de la ignorancia recíproca que muchas veces mata el amor! También el joven se preguntaba en aquel momento qué medios pondría en juego para desbaratar astutamente las maquinaciones de aquella mujer.

Paulina no se había mudado del hotel, obedeciendo á un sentimiento muy natural en la situación moral en que se hallaba, sentimiento que experimenta todo el que como Paulina es ultrajado y despreciado sin conocerse el fondo de su carácter. Pensó la joven que marchándose de allí parecería como si huyese avergonzada ante su mortal enemigo, como si con aquella retirada se confesase culpable; aquello era una deserción cobarde; no, no se iba. Pero su encuentro con Francisco en el jardín del *Continental*, y la mirada que aquél dirigió á la niña, habían causado á la madre invencible miedo.

Estaba segura de que no había pasado inadvertido para Francisco el parecido que existía entre la cara de Adela y la de su amiga muerta, semejanza tan grande que obligaba á Paulina á guardar bajo llave los retratos de aquélla. Y tal evidencia heredada era indiscutible; esas evidencias son á veces largo y lento suplicio de la mujer adúltera. Francisco debió reconocer en la niña su propia sangre; creyóse su padre.

Previó desde el primer día tal encuentro, esperaba aquella confrontación.

Después pensó:

—No, no sucederá nada.

Una sola mirada le bastó para comprender que el joven se había impresionado profundamente. Pensó que aquella turbación acaso pudiera conducirle á intentar una reconciliación. Aunque ni al día siguiente del encuentro ni en los días posteriores manifestó Nayrac tales propósitos, sentíase la madre tan disgustada bajo la acción de aquella amenaza, que su rencoroso orgullo de mujer cedió. Se resolvió á dejar el hotel y á tomar en alquiler, para el resto de invierno, una pequeña *villa*, que su médico, única persona á quien vió en Palermo, le recomendó. Hallábase dicho edificio en un ángulo del Jardín Inglés, y por lo tanto, en el barrio más alejado del mar y del *Continental*.

La necesidad de algunas obras de reparación indispensables y la renovación de parte del mobiliario retardaron su instalación, que se efectuaría á fines de semana. Una vez ya en su casa, guardada por sus dos criadas y por un matrimonio del país que el doctor le proporcionase para la cocina y el carruaje, no debía temer encuentro ni relación posible entre ella y Francisco, ni sobre todo entre éste y la niña; estaba de ello segura. Era tan grande el miedo que sentía de que aquel hombre hablase solamente con su hija, que, impidiéndola su debilidad acompañarla, había dudado si la dejaría bajar al *Christmas-tree* del caballero Renda. Después pensó que si Francisco Nayrac asistía también á dicha reunión, hallaríase en-

cadenado en presencia de su prometida y de la señora de Scilly.

Vió á Adela con tan vehementes deseos de ir á aquella fiesta y eran tan contadas las ocasiones de divertirse que en su melancólica existencia se presentaban, que consintió por fin en mandarla. Eran las diez. La niña disponíase á marchar, en tanto que su madre sonreía pensando en el placer que con ello había de disfrutar su hija, y se decía:

— Las dos tendremos nuestra Navidad; ella distra-yéndose y yo gozando con su alegría...

Entregóse Paulina á sus ensueños envueltos en las reminiscencias de su triste pasado y confundidos entre las esperanzas de días tranquilos y dulces en la *villa* de Cyané—que tal era el título que el propietario dió á la linda casita en recuerdo de Siracusa, su patria, y del manantial dedicado á la ninfa de los azules ojos trocada en fuente por el llanto de Proserpina. —¡Cuánto agradó á Paulina la mitológica leyenda!...

Oyó abrirse la puerta del estrecho vestíbulo que precedía á su alcoba; pero se abrió con suave ruido y no con la brusquedad habitual en los niños. Era Adela; la madre la adivinaba. La precoz solicitud que la niña mostraba hacia su madre, precisamente en esa edad en que la acción sigue el pensamiento rápido y espontáneo hacía de aquella criatura una encantadora hada silenciosa, que más que andar parecía volar, y en sus idas y venidas jamás indicaba su presencia con ruidos fuertes y molestos para la nerviosa enferma. Aquella vigilancia continua y casi involuntaria de sus menores movimientos era ya una caricia para Paulina.

La niña se anunciaba políticamente al llegar á la habitación de su madre, como haría una persona mayor, amable y bien educada. Sonó un tímido golpecito en la segunda puerta y á poco entró Adela en la alcoba, revelándose su acendrado cariño en sus ojos garzos, en su delicada carita, en su dulce sonrisa; emanaba de todo su sér el culto que á su madre rendía. Expresaba tal idolatría con más fuerza después de una ausencia larga ó breve; vivía no sólo para su madre sino de su madre misma; ambas eran una vida sola. Aunque venía la niña de un espectáculo para ella muy interesante, y llevaba en brazos su querida muñeca siciliana, su claro instinto la impidió hablar en primer término de ella misma, de las emociones que aquella noche experimentó.

Fuése á la cama casi corriendo y estrechó la mano que su madre la tendía; mano marmórea, exangüe, tan delgada, que corríansele las sortijas por aquellos dedos semejantes á sarmientos. Adela apoyó allí sus labios estampando un beso suave y prolongado, en tanto que su mirada acariciadora se fijaba en el pálido semblante de la enferma reanimado un punto como con reflejos de juventud al contemplar á su hija.

— ¿No hemos tardado, verdad?... ¿Estás incomodada conmigo?... Pregunta á Anita; verás cómo me marché en seguida que me dijo la hora...

— Sí, en seguida, — repitió la anciana criada que entró con la niña.

La familiar inmovilidad de aquella mujer demostraba que le era habitual el pasarse las horas enteras entre la madre y la hija, no como una sirvienta, sino

como una amiga humilde, como el perro que se echa á vuestros pies sin que paréis en él vuestra atención; el derecho á la presencia, es la única recompensa que pide el animal como pago de la lealtad que refleja su obscura mirada, lealtad instintiva, inconsciente y silenciosa... lealtad nunca desmentida aun en los más amargos trances de la vida humana.

— Dime — continuó la niña; — ¿te sientes bien? ¿Has podido dormir algo?

— Estoy muy bien — respondió la madre. — Ven, primero dame un beso, y después siéntate ahí y cuéntame cómo ha estado la reunión. ¿Te has divertido?

— ¡Mucho, mucho!... — repuso la niña; y apartó la vista de su madre para fijar en el espacio la reproducción del cuadro que acababa de contemplar, y que en su infantil fantasía adquiriría las proporciones de mágica visión.

— Figúrate — dijo — que había tanta gente, tanta, lo menos mil personas... Y en medio del salón un árbol tan alto, tan alto... como el viejo abeto del parque de Molamboz, y el árbol estaba lleno de luces... no sé cuántas, más de mil, y había músicos y actores de verdad, muy bien vestidos, cantando y bailando... y un señor *Noel*, que se parecía mucho al tío Juan Claudio que está en nuestra casa y me ha dado esta niña... Voy á acostarla para que duerma esta noche con la otra, y mañana verás cómo ya se han hecho amigas, y después...

Aquí se detuvo la niña unos instantes. La palabra *amigas*, por una asociación de ideas, trajo de pronto á su memoria el recuerdo de su vecina en la fiesta y añadió:

— Se me olvidaba decirte que he estado junto á una señorita muy guapa. ¿No te acuerdas de la que te hablé el otro día, la que ví en el jardín?

— Sí — interrumpió Anita con cierta turbación, porque sabía bien que la señora Raffraye no gustaba de los conocimientos debidos á la casualidad. — La señora también la ha visto. Es esa joven de París que pasa aquí el invierno con su madre y su prometido. Hemos estado sentadas junto á ellas; porque como á cada cual le señalan su localidad y no se puede cambiar...

— No creo que hayas sido con ella indiscreta.

Y al preguntar esto á su hija, sintió como si una mano de hierro la oprimiese el corazón. La idea de que la prometida de Nayrac había estado sentada junto á su Adela, le causó una impresión dolorosa y tan imprevista, que le tembló la voz al preguntar á la niña. Ésta, con las delicadas mejillas coloreadas de vergüenza, respondió:

— Yo creo que no, mamá. Pero... — y se detuvo como aturdida.

— ¿Te ha hablado esa señorita?—preguntó de nuevo la madre.

— Sí — contestó Adela. — Ya sé que no está bien hablar con quien no se conoce. Pero con ella me parecía como si la conociese desde mucho tiempo.

— ¿Y qué te ha preguntado? — continuó la señora Raffraye.

— Primero, me preguntó cómo estabas.

La turbación de la niña iba en aumento. ¿Por qué misteriosa correspondencia repercutían en el corazón de la niña las emociones que la madre sufría? Pauli-

na comparaba esto con lo que acontecía á sus flores favoritas, las anémonas violáceas que en aquel mismo momento tenía allí en un ramo junto á la lámpara, flores delicadas y sensibles, abiertas si el sol las acaricia, cerradas si las abandona. Ella era la luz, su hija era la flor sensible. Salvo el temblor casi imperceptible de su voz, nada había revelado su disgusto. Su mano continuaba acariciando el cabello de su hija, sus labios seguían sonriendo, y sus ojos mirando á la niña con su habitual ternura.

Adela había adivinado que aquella conversación con su vecina, causaba á la enferma profunda contrariedad. Sin embargo, siguió diciendo:

— Después me habló de Molamboz, de nuestro árbol de Navidad del año pasado y de Francisca y Anita, y después de su madre que estaba allí. Me ha dicho que en dos meses se había puesto buena en Palermo...

La niña calló. Su delicadeza le hacía temer decir más de lo conveniente; porque el recuerdo de su padre — del que ella creía su padre — le parecía, en su leve intuición de niña, muy penoso para la pobre enferma. Sin embargo era demasiado franca para mentir. En su naciente perspicacia de mujer buscó la forma de expresar de un modo más sentimental la triste idea que se le ocurrió y añadió:

— También hemos hablado de las personas queridas que nos esperan en el cielo... ¿Sabes?...

Y cogió con sus dos manos la de su madre que continuaba acariciándola su pelo sedoso.

— ¿Te has enfadado, mamá? — la preguntó.

— ¡No, mi vida!... — respondió Paulina.

A pesar de su inquietud sentíase poseída del inmenso cariño que rebosaba la dulce mirada de la niña, todo amor y ternura. Pero aquella conversación con la señorita de Scilly era bien poco comparada con otra que Paulina temía más.

— ¿Y sólo has hablado con esa señorita?— insistió.

— Con nadie más. ¿Por qué me lo preguntas?

— Para saber si has sido prudente.

Después añadió:

— Ahora ve á acostar á tu nueva niña y acuéstate tú también.

Acompañando una sonrisa á esta frase de broma infantil despidió á Adela. En cuanto se quedó sola, de nuevo la emoción invadió todo su sér; borróse de sus labios la sonrisa; con amargura y casi en voz alta dijo:

— Nayrac no se ha atrevido. También ahora fué vano mi temor...

Mas, si en aquel momento hubiese sacado de entre su almohada el espejito allí oculto y hubiérale consultado como á veces hacía para observar los progresos de su mal, advertiría que sus descompuestas facciones desmentían aquel suspiro de fingido consuelo, de falsa seguridad. Pensativa apagó la lámpara con ánimo de dormir y apenas en la obscuridad, su imaginación comenzó á trabajar sobre lo que la niña le había contado, pero con tal intensidad, que le fué difícil conciliar el sueño.

Los diez años que había pasado aislada de la sociedad habían extinguido en Paulina lo que constituye el estímulo de la vida social; la sensación de lo imprevisto. Comprendió que aquel encuentro casual

no era más que natural consecuencia de otra casualidad muy natural también como era el hospedarse en aquel hotel cosmopolita donde se había instalado su antiguo amante. Inquieta como se hallaba hacía ya tres semanas respecto á los propósitos que Nayrac abrigase, hasta el extremo de buscar otro alojamiento, pensó si acaso la conversación de Adela con la señorita Scilly no sería la primera jornada de un plan de campaña calculado.

Aquel hombre que había sido su verdugo y que sabía la indignación de Paulina, ¿no sería capaz de haber preparado la entrevista con la niña? ¿y con qué fin?... Y en este punto su razón se confundía, perdida en el recuerdo de la injusticia de tantos años, invadida por la fiebre, fatigada por continuos ensueños, torturada, en fin, por la presencia de su amante allí, junto á ella. Vislumbraba proyectos complicados y tenebrosos y llegó hasta pensar como probable que Francisco intentase robarla su hija.

Tal era el estado de ansiedad, que sólo al rayar el día pudo dominar su excitación recurriendo al cloral, aquel líquido ponzoñoso que en sus días crueles y tristes la había sometido á vergonzosa esclavitud. El vehemente deseo de vivir para su Adela había mitigado su tormento; pero la presencia de aquel hombre había abierto otra vez la mal cerrada herida. ¿Cómo pintar la emoción de Paulina cuando al despertar de aquel sueño doloroso, y al repasar el correo de la mañana vió la letra de Francisco en un sobre? Una de las criadas abrió en aquel momento la ventana entrando la luz del sol y dejando ver un vasto espacio de cielo azul. Adela entró también, se precipitó

como el día en la habitación; llevaba entre los brazos en confuso montón el reloj, la silla, los regalitos que junto á sus zapatos había hallado.

Reía la niña con franca alegría, como la alegría de aquella mañana espléndida. Pero, ni el cielo azul, ni el sol radiante, ni la alegría de Adela podían contrarrestar la indignación, el asombro que en la enferma causara la lectura de aquella carta en que Nayrac creyó poner su tacto y generosidad más exquisitas.

—Mi instinto de madre no me había engañado— pensó.—Quiere aproximarse á mi hija. Pero, Adela es mía, me pertenece á mí sola... Él no la ama. No tiene derecho á amarla, ni puede hacerse amar... No quiero que él la ame.

Y cogiendo de pronto á su hija entre sus brazos, la estrechó contra su pecho en loco abrazo, diciéndola mientras la cubría de besos:

—Dime que me quieres mucho... repítelo... Dime que eres muy feliz así junto á mí... y que lo serás aún más cuando estemos las dos solas en nuestra casa, nuestra sola; en nuestro jardín, sólo nuestro... Y después, cuando yo esté buena, nos volveremos á Molamboz, ¿no es verdad? Y tú siempre conmigo, nada más que conmigo... conmigo siempre...

—¡Siempre contigo!—respondió la niña con creciente alegría.

Desde la butaca en que se hallaba arrodillada subióse á la cama, se sentó en ella, y apoyando su cuerpito en el descarnado hombro de la enferma, repuso en voz baja:

—Cuando yo sea mayor, ¿sabes?... no me casaré para estar siempre contigo, siempre...

Repitiendo textualmente las palabras de su madre, parecía comprender lo que no podía ni aun sospechar: el temor de la pobre Paulina ante la presencia de una tercera persona que se interpusiera entre ellas dos. Nunca como entonces pudo darse cuenta de aquel poder magnético que de tal modo la unía con aquella criatura precoz y singular, de aquel milagro de amor que hacía repercutir los latidos de su corazón herido en el de la inocente niña. Seguía abrazándola silenciosamente; era un abrazo intenso y prolongado que reunía todos los cariños, todos los amores de la infeliz Paulina.

Antes de que naciera aquella débil y mísera criatura, triste fruto de amor, creía Paulina que la odiaría con el mismo odio que el padre le inspiraba... Pero cuando después oyó los vagidos de la criatura, le entregó su pecho, y al sentir á la niña aspirar el líquido vital, comprendió que por una sagrada y misteriosa comunión se unía aquella carne á su propia carne, se la reintegraba, pues que suya era. ¡Había revivido para sostener aquella frágil existencia!... La besaba y abrazaba en aquella mañana de Navidad como cuando la niña de tres años barboteaba y corría en la hermosa primavera por el extenso parque de Molamboz, cogiendo para su madre las más lindas flores y se las ofrecía para devolver á la infeliz abandonada, juventud, esperanzas y alegrías perdidas... La besaba y abrazaba como cuando la niña tenía seis años y oraba por ella á su lado con sus manecitas juntas, arrodillada en la cama con su larga camisita blanca semejante á una de esas estatuitas de

ángeles puestas por la piedad cristiana en perpetua é inmóvil oración sobre las tumbas.

¿Acaso no era Adela un ángel que oraba sobre la tumba de Paulina Raffraye, de la mujer que había buscado la dicha en el amor, encontrando en su camino tan solo desesperación y vergüenza. Traía á su memoria aquel abrazo las metamorfosis de su hija, y la estrechaba con frenesí pensando que nadie podría quitársela. ¡En aquel momento se realizaba la eterna aspiración de la humanidad; la posesión plena y absoluta de un sér por otro sér, fugaz quimera que sólo en nuestros hijos realizamos!... ¡Oh! ¡Y cuánto valor prestan tales sentimientos, tales afecciones, para defender nuestros seres propios ante cualquier peligro por grande que sea!

Después de una ligera conversación marchóse Adela. Paulina recobró la calma que tanto necesitaba para reflexionar sobre la conducta que debía seguir con Francisco.

—No; nada puede hacer—dedujo después de meditar tranquilamente, libre ya de la febril agitación, del cruel insomnio que la noche última la atormentó.—Adela es mía ante la ley, como es mía mi casa, mi dinero. Si ese hombre es víctima del remordimiento, tanto mejor. Es justo que sufra. Yo también sufrí. Nada tengo que responderle. La única respuesta que puedo darle es activar nuestro traslado de casa... Pero si esto no basta, si él se empeña en perseguirnos, yo le demostraré que no soy la misma de hace nueve años, la mujer indefensa y débil... Soy la madre, y si él no lo sabe, yo le enseñaré cuánto puede la voluntad de una madre...

Aquella resolución violenta, aquel despertar de la energía de la madre tenía como principal aguijón el rencor profundo de la mujer otro tiempo ultrajada. Sintióse la enferma con la fuerza física que antes le faltara. Aquella misma mañana quiso ir á la *Villa Cyané* para inspeccionar por sí el estado de las obras. Hubiera podido instalarse á las veinticuatro horas á no haber sido por la fiesta. Después de hablar con el encargado y darle instrucciones aún más precisas, volvióse á su habitación para ordenar á sus criados que preparasen baúles y maletas en seguida á fin de marcharse en cuanto la casa estuviese dispuesta, y no esperar ni una mañana, ni una hora más, en aquel odioso hotel.

Ni aquel día ni el siguiente dejó á su hija sola un momento, bajo pretexto de las muchas ocupaciones de Anita y Catalina preparando la mudanza. Ella misma la llevó á paseo, segura de que nadie se atrevería, no sólo á acercarse á la niña, sino ni aun á mirarla. Pero pronto tuvo la triste evidencia de que sus fuerzas no la permitían esta vigilancia cotidiana, de la que su celo maternal hacía casi una necesidad. Aquella fiesta de Navidad, cuyas primeras horas tan terribles habían sido para ella por efecto de la carta de Francisco, cayó en miércoles. Paulina se hallaría definitivamente instalada en su nueva casa el sábado. Pero á causa de haber salido dos veces al día, por la mañana y después de almorzar, no obstante ir en coche, sintióse el viernes muy cansada, tanto más cuanto que se había levantado un fuerte *Sirocco*, uno de esos vientos que tan violentos son en Sicilia por efecto de su proximidad al continente africano, y que pa-